

Auguste Comte

Discurso sobre el espíritu positivo

Versión y prólogo de Julián Marías



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Discour sur l'esprit positif*, 1844

Primera edición: 1980

Tercera edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: John Singer Sargent: *Desnudo en movimiento*. Davis Museum and Cultural Center, Wellesley College (Massachusetts)

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y el prólogo: Herederos de Julián Marías

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-801-5

Depósito legal: M. 12.637-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo de Julián Marías
 - Discurso sobre el espíritu positivo
- 17 Objeto de este discurso
- 19 Primera parte: Superioridad mental del espíritu positivo
 - 21 Capítulo 1: Ley de la evolución intelectual de la Humanidad o ley de los tres estados
 - 43 Capítulo 2: Destino del espíritu positivo
 - 69 Capítulo 3: Atributos correlativos del espíritu positivo y del buen sentido
- 81 Segunda parte: Superioridad social del espíritu positivo
 - 83 Capítulo 1: Organización de la revolución
 - 99 Capítulo 2: Sistematización de la moral humana
 - 111 Capítulo 3: Desarrollo del sentimiento social
- 119 Tercera parte: Condiciones de advenimiento de la escuela positiva
 - 121 Capítulo 1: Institución de una enseñanza popular superior
 - 139 Capítulo 2: Institución de una política popular
 - 149 Capítulo 3: Orden necesario de los estudios positivos
 - 161 Conclusión: Aplicación a la enseñanza de la astronomía

Prólogo

En el año 1844, Augusto Comte publicó el *Discurso sobre el espíritu positivo* como introducción a un «Tratado filosófico de astronomía popular», aludido muchas veces en el texto. Se trata de un breve libro que encierra vigorosamente lo esencial del pensamiento comtiano. Es una obra de madurez, posterior al «Sistema de filosofía positiva», que recoge sus momentos fundamentales y los agrupa en páginas escasas y densas.

Desde comienzos de siglo, la reacción contra el positivismo lo ha desalojado de la actualidad filosófica. Esto era inevitable y necesario. Pero conviene distinguir, dentro del positivismo, dos dimensiones diferentes. Por una parte, la dimensión negativa según la cual el positivismo no era filosofía. La muerte de esto era inexorable. Pero, por otra parte, hay el hecho del positivismo, que es mucho más que un hecho. Nos encontramos con que en el siglo pasado la Humanidad fue positivista, y que nosotros ya no lo somos, es decir, hemos dejado de serlo. A nadie puede ocultársele que nuestra situación no es igual que si no hubiese habido positivismo en el mundo. Veni-

mos de él; y no podemos acabar de entendernos si no lo entendemos.

Naturalmente, no nos importa demasiado conocer el contenido minucioso de la ciencia positivista, caduca en buena parte. Lo que nos interesa es saber, propiamente, qué es ser positivista. Esto nos puede dar gran claridad sobre la época inmediatamente anterior y, al mismo tiempo, sobre la nuestra. En otros términos, nos importa conocer en qué ha consistido el espíritu –alguien dirá la falta de espíritu– positivista. Si se nos hace claro este espíritu, podremos luego comprender fácilmente toda la letra acumulada en torno suyo, y la larga exégesis de más de medio siglo.

Porque ésta es otra. A fuerza de hablar de los positivistas, nos hemos olvidado de Comte; es decir, de lo que en Comte pueda haber vivo. Y, desde luego, hay una enorme distancia entre el fundador y los fundados. La peregrina suerte del positivismo, al querer convertirlo en casi-religión, ha hecho que llegue, sobre todo, a nosotros jerarquizado y hieratizado, y que se desvanezca toda la sustancia filosófica que pudo tener. Conviene, pues, volver a las fuentes vivas para entender qué han sido la filosofía y el mundo después del Idealismo alemán. De la intelección suficiente del positivismo, que, naturalmente, excedería de él, se podría esperar la más clara luz sobre un amplio grupo de problemas, que afectan de modo decisivo a nuestro tiempo. La publicación de este *Discurso* pretende ser un paso certero en esa dirección.

Y no es esto sólo. Hay en Comte, fuera de su estricta intención filosófica, muchas cosas fecundas. Hay una visión de la realidad histórica entera; un intento –cuando

menos— de sociología; ideas claras sobre la política de su época y acaso, en cierta medida, también de la nuestra. Conviene no olvidar todas estas cosas; conviene contar con ellas, en su expresión originaria, como nos las muestra, en apretado haz, este *Discurso*. Sería injusto y dañoso que todo esto quedase arrastrado y envuelto, sin revisión, por el conjunto, en quiebra, del positivismo.

Además, el *Discurso sobre el espíritu positivo* es, sin duda, una incomparable exposición de todo el sistema comtiano. Denso y claro. Y, sobre todo, con una ventaja esencial sobre toda exposición ulterior: cualquier libro positivista nos da lo que Comte ha sido para sus «continuadores»; la obra original, en cambio, nos da el pensamiento auténtico y primitivo; y podemos nosotros subrayar en él lo que acaso escapó a los seguidores de Comte. Y esto no sólo por una posible insuficiencia suya, sino, ante todo, porque se movían en un horizonte positivista. ¿No hemos de poder descubrir nosotros los supuestos —no positivistas, claro es— de este movimiento? ¿No hemos de ver lo que «hoy» pueda Comte tener de actual, aunque acaso no encajara en el marco de las ideas usuales en la segunda mitad del XIX?

Estas razones justifican la publicación del *Discurso* en nuestros días. Y la concisa transparencia de este breve libro, escrito con un propósito de lograr gran difusión, lo hace propio para ser incluido en esta serie de obras esenciales, donde, aunque otra cosa pudiera tal vez temerse, responderá rigurosamente al título: «Textos filosóficos».

Por otra parte, tanto por lo menos como aquellos aciertos antes indicados, nos importa advertir las profundas y esenciales quiebras del positivismo. Ver en qué

consiste su última falsedad esencial, el error decisivo que hace morir al positivismo al llegar a su madurez, a esa madurez «definitiva» que tan cara fue al progresismo de Augusto Comte. Y nos interesa, por último, reparar en aquellas cosas que siempre fueron problemáticas en su pensamiento, a pesar del aire mágico y como de buena nueva que corre entre sus páginas. Por ejemplo, conviene fijarse en los motivos y las dificultades internas de aquella gran idea que fue el progresismo; en la oculta violencia que encierra la consideración de la Humanidad como el ente supremo, fin de nuestras vidas personales.

Merece la pena parar la atención en el estilo de la prosa comtiana. No es algo meramente exterior y accidental, sino que es indicio también del estilo de su pensamiento. Compárese la prosa torpe, desmañada, sin elegancia, de Comte, llena de expresiones de tecnicismo filosófico, usado sin rigor y a veces a destiempo, de abstracción rebuscada, con aquel otro estilo anterior de los idealistas alemanes, con la lengua briosa de Fichte y Hegel, por ejemplo, o también con las páginas finas, pulidas, aceradas, de Brentano. No sería excesivo querer encontrar una esencial analogía entre estos tres estilos literarios y las tres distintas maneras de pensar que han albergado con sus formas, y que resumen la historia entera de la Filosofía del último siglo. En la traducción, por eso mismo, he respetado las características, un poco ingratas ciertamente, del estilo, gris y sin acento, del original.

Para esta versión se ha utilizado la edición de la «Société Positiviste Internationale», París, 1923. Se ha con-

servado en ella la división en partes, capítulos y secciones, y la numeración de los párrafos, que introdujeron los editores del texto francés, ya que Augusto Comte publicó su *Discurso* en un único capítulo, sin divisiones dentro de él.

J. M.

Discurso sobre el espíritu positivo

Objeto de este discurso

1. El conjunto de los conocimientos astronómicos, considerado hasta aquí demasiado aisladamente, no debe constituir ya en adelante más que uno de los elementos indispensables de un nuevo sistema indivisible de filosofía general, preparado gradualmente por el concurso espontáneo de todos los grandes trabajos científicos pertenecientes a los tres siglos últimos, y llegado hoy, finalmente, a su verdadera madurez abstracta. En virtud de esta íntima conexión, todavía muy poco comprendida, la naturaleza y el destino de este *Tratado* no podrían ser suficientemente apreciados, si este preámbulo necesario no estuviera consagrado, sobre todo, a definir convenientemente el verdadero espíritu fundamental de esta filosofía, cuyo establecimiento universal debe llegar a ser, en el fondo, el fin esencial de tal enseñanza. Como se distingue principalmente por una preponderancia continua, a la vez lógica y científica, del punto de vista histórico o

social, debo ante todo, para caracterizarla mejor, recordar sumariamente la gran ley que he establecido en mi *Sistema de filosofía positiva*, sobre la evolución intelectual entera de la Humanidad, ley de la que, por otra parte, nuestros estudios astronómicos echarán luego mano con frecuencia.

Primera parte

Superioridad mental del espíritu
positivo

Capítulo 1

Ley de la evolución intelectual de la Humanidad o ley de los tres estados

2. Según esta doctrina fundamental, todas nuestras especulaciones, cualesquiera, están sujetas inevitablemente, sea en el individuo, sea en la especie, a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo podrán calificar aquí suficientemente, para aquellos, al menos, que hayan comprendido bien su verdadero sentido general. Aunque, desde luego, indispensable en todos los aspectos, el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquél, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero; en éste, el único plenamente normal, es en el que consiste, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana.

I. Estado teológico o ficticio

3. En su primer despliegue, necesariamente teológico, todas nuestras especulaciones muestran espontáneamente una predilección característica por las cuestiones más insolubles, por los temas más radicalmente inaccesibles a toda investigación decisiva. Por un contraste que, en nuestros días, debe parecer al pronto inexplicable, pero que, en el fondo, está en plena armonía con la verdadera situación inicial de nuestra inteligencia, en una época en que el espíritu humano está aún por bajo de los problemas científicos más sencillos, busca ávidamente, y de un modo casi exclusivo, el origen de todas las cosas, las *causas* esenciales, sea primeras, sea finales, de los diversos fenómenos que le extrañan, y su modo fundamental de producción; en una palabra, los conocimientos absolutos. Esta necesidad primitiva se encuentra satisfecha, naturalmente tanto como lo exige una situación tal, e incluso, en efecto, tanto como pueda serlo nunca, por nuestra tendencia inicial a transportar a todas partes el tipo humano, asimilando todos los fenómenos, sean cualesquiera, a los que producimos nosotros mismos y que, por esto, empiezan por parecernos bastante conocidos, según la intuición inmediata que los acompaña. Para comprender bien el espíritu, puramente teológico, resultado del desarrollo, cada vez más sistemático, de este estado primordial, no hay que limitarse a considerarlo en su última fase, que se acaba, a nuestra vista, en los pueblos más adelantados, pero que no es, ni con mucho, la más característica: resulta indispensable echar una mirada verdaderamente filosófica sobre el conjunto de su

marcha natural, a fin de apreciar su identidad fundamental bajo las tres formas principales que le pertenecen sucesivamente.

4. La más inmediata y la más pronunciada constituye el fetichismo propiamente dicho, que consiste ante todo en atribuir a todos los cuerpos exteriores una vida esencialmente análoga a la nuestra, pero más enérgica casi siempre, según su acción, más poderosa de ordinario. La adoración de los astros caracteriza el grado más alto de esta primera fase teológica, que, al principio, apenas difiere del estado mental en que se detienen los animales superiores. Aunque esta primera forma de la filosofía teológica se encuentra con evidencia en la historia intelectual de todas nuestras sociedades, no domina directamente hoy más que en la menos numerosa de las tres grandes razas que componen nuestra especie.

5. En su segunda fase esencial, que constituye el verdadero *politeísmo*, confundido con excesiva frecuencia por los modernos con el estado precedente, el espíritu teológico representa netamente la libre preponderancia especulativa de la imaginación, mientras que hasta entonces habían prevalecido sobre todo el instinto y el sentimiento en las teorías humanas. La filosofía inicial sufre aquí la más profunda transformación que pueda afectar al conjunto de su destino real, en el hecho de que la vida es por fin retirada de los objetos materiales para ser misteriosamente transportada a diversos seres ficticios, habitualmente invisibles, cuya activa y continua intervención se convierte desde ahora en la fuente directa de todos los fenómenos exteriores e incluso, más tarde, de los fenómenos humanos. Durante esta fase característi-

ca, mal apreciada hoy, es donde hay que estudiar principalmente el espíritu teológico, que se desenvuelve en ella con una plenitud y una homogeneidad ulteriormente imposible: ese tiempo es, en todos aspectos, el de su mayor ascendiente, a la vez mental y social. La mayor parte de nuestra especie no ha salido todavía de tal estado, que persiste hoy en la más numerosa de las tres razas humanas, sin contar lo más escogido de la raza negra y la parte menos adelantada de la raza blanca.

6. En la tercera fase teológica, el *monoteísmo* propiamente dicho, comienza la inevitable decadencia de la filosofía inicial, que, conservando mucho tiempo una gran influencia social –sin embargo, más que real, aparente–, sufre desde entonces un rápido decrecimiento intelectual, por una consecuencia espontánea de esta simplificación característica, en que la razón viene a restringir cada vez más el dominio anterior de la imaginación, dejando desarrollar gradualmente el sentimiento universal, hasta entonces casi insignificante, de la sujeción necesaria de todos los fenómenos naturales a leyes invariables. Bajo formas muy diversas, y hasta radicalmente inconciliables, este modo extremo del régimen preliminar persiste aún, con una energía muy desigual, en la inmensa mayoría de la raza blanca; pero, aunque así sea de observación más fácil, estas mismas preocupaciones personales traen hoy un obstáculo demasiado frecuente a su apreciación juiciosa, por falta de una comparación bastante racional y bastante imparcial con los dos modos precedentes.

7. Por imperfecta que deba parecer ahora tal manera de filosofar, importa mucho ligar indisolublemente el es-

tado presente del espíritu humano al conjunto de sus estados anteriores, reconociendo convenientemente que aquella manera tuvo que ser durante largo tiempo tan indispensable como inevitable. Limitándonos aquí a la simple apreciación intelectual, sería por de pronto superfluo insistir en la tendencia involuntaria que, incluso hoy, nos arrastra a todos, evidentemente, a las explicaciones esencialmente teológicas, en cuanto queremos penetrar directamente el misterio inaccesible del modo fundamental de producción de cualesquiera fenómenos, y sobre todo respecto a aquellos cuyas leyes reales todavía ignoramos. Los más eminentes pensadores pueden comprobar su propia disposición natural al más ingenuo fetichismo, cuando esta ignorancia se halla combinada de momento con alguna pasión pronunciada. Así pues, si todas las explicaciones teológicas han caído, entre los occidentales, en un desuso creciente y decisivo, es sólo porque las misteriosas investigaciones que tenían por designio han sido cada vez más apartadas, como radicalmente inaccesibles a nuestra inteligencia, que se ha acostumbrado gradualmente a sustituirlas irrevocablemente con estudios más eficaces y más en armonía con nuestras necesidades verdaderas. Hasta en un tiempo en que el verdadero espíritu filosófico había ya prevalecido respecto a los más sencillos fenómenos y en un asunto tan fácil como la teoría elemental del choque, el memorable ejemplo de Malebranche recordará siempre la necesidad de recurrir a la intervención directa y permanente de una acción sobrenatural, siempre que se intenta remontarse a la causa primera de cualquier suceso. Y, por otra parte, tales tentativas, por pueriles que hoy justamente parez-